

OCTUBRE 2025



EL ESTRANGULAMIENTO DEL AGUA, LA PESCA Y LA HISTORIA EN EL GUÁJARO

Natalia Orduz Salinas y María Cecilia Roa García

Simbiosis, Paz y Naturaleza

Un podcast de Indepaz que explora nuestros vínculos e interacciones políticas, culturales y económicas con la naturaleza.

En distintas conversaciones, indagaremos cómo distintas políticas públicas contemplan o no el mejoramiento de nuestra relación con la naturaleza y cómo reconocen o no formas no violentas -e incluso mutuamente enriquecedoras- de relacionamiento que ya han desarrollado comunidades en el país.

Autoras:

Natalia Orduz Salinas,
investigadora de Indepaz,
coordinadora de Simbiosis: Paz y
Naturaleza

María Cecilia Roa García, profesora
Centro Interdisciplinario de
Estudios sobre Desarrollo, Facultad
de Ciencias Sociales, Universidad
de los Andes

Fotografía Portada y
contraportada: María Cecilia Roa
García - **Mural de Alina Meca Pardo
en el Museo Paleontológico de la
Peña, Atlántico**

Diagramación: Nadia Castillo
Nota: El contenido de los artículos
es responsabilidad de los autores.



Fotografía: María Cecilia Roa García

La Peña es un pequeño corregimiento lacustre de Sabanalarga, a dos horas de Barranquilla, viajando hacia el sur. Desde sus orígenes como caserío y luego convertido como corregimiento desde hace un siglo, ha bordeado la ciénaga del Guájaro que en los años 1960 fue unida a otras cuatro ciénagas más pequeñas para formar el inmenso embalse del Guájaro, de 16 mil hectáreas. Decisiones tomadas en Bogotá, con apoyo del Banco Mundial, cambiaron para siempre el paisaje y los ciclos del agua, que marcaban los tiempos de pesca y de cosecha, y de la reproducción de peces y otras especies. El control sobre las compuertas del embalse reemplazó el ritmo natural de las estaciones de sequía y lluvia, que marcaba los ritmos del flujo de agua y especies con el Canal del Dique, el Río Magdalena y el mar. En La Peña, el agua hoy está estrangulada, así como la pesca. Ya casi no hay. Y la historia también está asfixiada: la reciente, la de las decisiones que condujeron al territorio a la escasez y la muy antigua, la que cuenta un pequeño museo paleontológico que fue atacado a finales de agosto.

Llegamos a la Peña en bus hacia las diez de la mañana de un sábado a finales de agosto, una hora después de salir de Sabanalarga y otra de Barranquilla.

El conductor nos dejó cerca de la casa de José*, el líder defensor de la pesca que nos estaba esperando. Antes de encontrar su casa, nos topamos con las dos grandes carpas azules del itinerante “Circo Latino” que prometía actos extremos y ofrecía entradas a cinco mil durante ese fin de semana. Un grupo de niños merodeaba esperando la primera función que empezaría en unas diez horas.

José nos informó por teléfono que no estaba en casa, sino en la zona turística. Les pedimos entonces a los niños llevarnos hasta allá. ¿A la ciénaga?, preguntó uno de ellos y todos comenzaron a andar con agilidad, descalzos, entre el barro y el cemento de las calles. Íbamos justo al otro lado de la peña que le da el nombre al corregimiento. Los niños decidieron que era mejor darle la vuelta al cerro que trepar y bajar. Se nos pueden caer, comentaron entre ellos, mientras saltaban sobre las aguas de alcantarilla que se escurren camino al embalse.

Así que bordeamos La Peña del lado de los barrios y al voltear la última calle de repente teníamos el embalse en frente de nosotras: un cuerpo enorme de aguas tranquilas, ese día de color plomizo.

La orilla montañosa al otro lado se veía pequeña, pálida, lejana. Había viento, y sólo había pescando unas garzas. Vimos algunas canoas, en grupos de dos o tres, al borde del agua, entre las grandes colonias de tarulla, la planta que cubre el espejo de agua cuando hay exceso de nutrientes en el agua.

Los niños se despidieron y desaparecieron en el morro. Nosotras entramos al primer gran kiosko de la zona turística con varios estaderos construidos sobre palafitos, y allí nos encontramos con nuestros anfitriones. Como ese, a lo largo de los siguientes doscientos metros, había otros restaurantes de comida típica construidos sobre el agua, a los que llegan visitantes de la región a pasar el día, disfrutar del paisaje y comer mojarra y patacón.

A juzgar por la vista, la infraestructura y las noticias, la región está en una época de abundancia. La gobernación del departamento desplegó por esos días el anuncio de la siembra de centenares de miles de alevinos de bocachico, como parte de un plan de repoblamiento de peces del embalse. Para nuestros anfitriones, esto no es nada nuevo. Con frecuencia se presentan estas acciones como si con ellas quisiera evadir la realidad: que el embalse está tan maltratado y contaminado que apenas puede albergar la vida. Los peces se siembran, pero no se reproducen. Y la autoridad de pesca y acuicultura en Colombia, la AUNAP, también ha celebrado recientemente el aumento de la pesca en el país, incluso para la exportación. Pero, al parecer, la de acuicultura privada.



Fotografía: Natalia Orduz Salinas

José nos esperaba con tres pescadores de La Peña. Juan, uno de ellos, comentó que había salido a pescar el día anterior y no había encontrado nada. Contó que, antes, “una mojarra amarilla agarraba el anzuelo y quería romper la varita. Hoy ya no crece”. En la conversación, le atribuyeron esta pérdida a la contaminación y enumeraron varias de sus fuentes: todo cae al agua, las aguas servidas, los químicos agrícolas, hasta colchones y cadáveres de perros. “Meterse al agua da rasquiña”.

Darío vive una situación similar a la de Juan: “Hoy vivimos de la pura misericordia de Dios. No pescamos nada, el alma se aflige: llegar a la casa cansado, sin nada, los hijos con hambre”. Este pueblo que fue de pescadores hoy tiene menos de cien canoas. La gente se ha ido para otros sitios. José calcula en centenas los desplazados por malas decisiones de los sucesivos gobiernos nacionales y locales a lo largo de décadas. Y también por sus omisiones.

La más grave, para ellos, es la de impedir la conexión de las aguas y de los peces del embalse con el canal del Dique, que a su vez está conectado con el río Magdalena.

Ya no son los ritmos de las estaciones secas y lluviosas los que rigen el intercambio de las aguas, como ocurrió durante siglos en esta zona anfibia, sino las decisiones sobre unas compuertas que son manejadas por la autoridad ambiental regional a su arbitrio, desconocido para los pescadores de la región. No entra agua nueva y el embalse lleva décadas acumulando sedimentos y perdiendo oxígeno, claridad y peces.

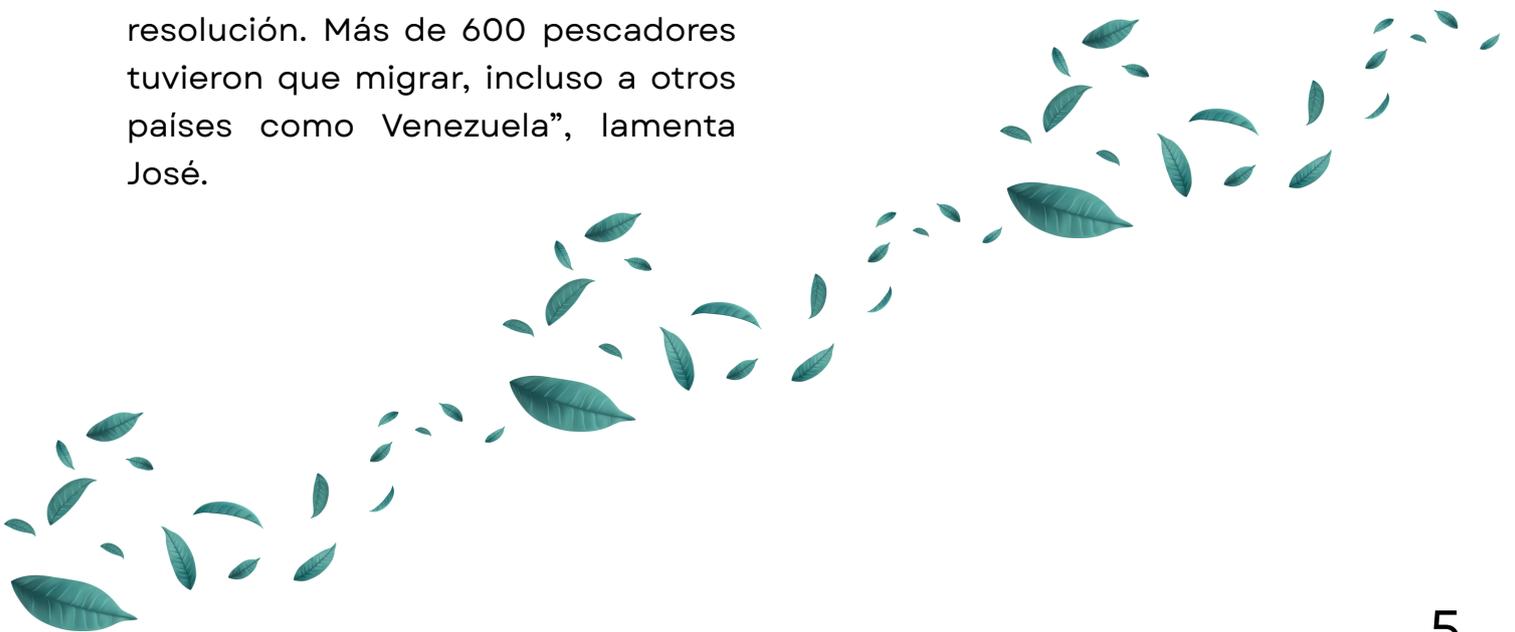
“Antes se veía el fondo clarito. Ahora el embalse está lleno de barro. Antes no tocábamos el fondo con las varas, ahora se queda la vara atascada entre el barro”. A los pescadores les preocupa que el embalse ya no esté deprimido, sino elevado y que la apertura de las compuertas en realidad termine por secarlo. El piso ya no es firme y duro, sino blando, incluso peligroso, porque puede atrapar a las personas.

Al principio, el embalse tenía 16 mil hectáreas. Hoy, en parte por la sedimentación y en parte por el “aterramiento” ha perdido unas dos mil. El aterramiento ha sido un proceso de apropiación privada de las áreas que antes constituían los playones que quedaban expuestas en épocas secas y en las que las comunidades sembraban comida.

Ahora las compuertas permanecen mucho tiempo cerradas y el agua no inunda las áreas aterradas y robadas, como ocurre en las llanuras inundables del bajo Magdalena. El aterramiento ha sido un proceso de descarte y borramiento de los territorios anfibios en Colombia, que no sólo han nutrido la biodiversidad y la cultura, sino también la imaginación y la cultura.

La otra decisión estatal que cuestionan es la prohibición de la pesca de la mojarra plateada. Ellos saben que es una especie foránea, pero consideran que no es depredadora, porque sólo come lo que encuentra en el barro. Esta mojarra, tras la pérdida irremediable de especies nativas, les dio de comer en abundancia, hasta que, en 2008, el Ministerio de Ambiente expidió la Resolución 0848. “En esos años, antes de la Resolución, un pescador vivía de la pesca, era una alegría”. Desde esa decisión, “nosotros hemos sido desplazados por el Ministerio de Ambiente por esa resolución. Más de 600 pescadores tuvieron que migrar, incluso a otros países como Venezuela”, lamenta José.

Los pescadores se preguntan si esta decisión no sólo estuvo motivada por razones ambientales, para evitar la propagación de especies foráneas a costa de las propias (que ya no hay en el embalse), sino también por intereses de empresas de acuicultura de eliminar la competencia de los pescadores en cuerpos públicos de agua. Alrededor del embalse, señalan ellos, hay muchísimas “camaroneras”, que es el nombre que les dan a estas empresas que no sólo cultivan camarón, sino mojarra y otras especies de peces. Y esas empresas -y no el embalse- son las que surten los mercados locales, incluso de los restaurantes de la zona turística con vista a El Guájaro



¿Es una ciénaga o un embalse?



Fotografía: María Cecilia Roa García

Mientras los pescadores describen los efectos de la contaminación y del estrangulamiento del agua, y del reemplazo de los ciclos estacionarios por una voluntad opaca que decide sobre las compuertas, surge una discusión sobre si ese cuerpo de agua es una ciénaga o un embalse. No lo saben con claridad: algunos sostienen que es una ciénaga, como siempre lo ha sido; otros dicen que es un embalse. Los pobladores hablan de la ciénaga, como los niños que nos encontramos en las carpas del circo.

La historia de cómo pasó de ciénaga a embalse es la del fracaso de un experimento liderado por el Banco Mundial y ejecutado por el gobierno colombiano en los años sesenta y setenta. Es una historia borrosa para los pobladores de La Peña, quizás porque para los gobiernos es más fácil barrerla que aceptar que hay una responsabilidad por decisiones que causaron el estrangulamiento lento de los flujos de agua de vida y de la dignidad de sus pobladores. El investigador Alejandro Camargo narra los hechos en el texto “Aguas indomables: vulnerabilidad y transformaciones hidrosociales en el sur del departamento del Atlántico”.

Toda esta región estaba conformada por un complejo de ciénagas conectadas entre sí. En épocas secas, las comunidades se organizaban para cultivar en los playones y, en las de lluvia, para pescar. Estos ciclos estacionarios marcaban los calendarios comunitarios, pero también los reproductivos de los peces y de otras especies. La biodiversidad era muy abundante, como lo atestiguan, por ejemplo, el nombre de uno de los corregimientos: Manatí.

Fals Borda describió la cultura anfibia propia del Atlántico, en la que la población aprendió a ser flexible y adaptarse al agua, y a dominar muchos oficios:

- Aprendimos a vivir de la pesca, la caza y la agricultura. De todo sabíamos, como sabemos todavía porque nuestra vida es una lucha permanente en que debemos defendernos en tierra y en agua, con todo lo que encontramos. Sembramos plátano, yuca, ñame, maíz y frutales aprovechando los seis meses en que el río no nos inunda los playones baldíos que quedan, y levantamos puercos, gallinas, pavos, morrocayos y otros animales. Cuando pega el hambre nos vamos a la ciénaga a cazar yuyos y ponches, a pescar bagre y bocachico con anzuelo o atarraya, y a matar nutria y babilla para vender el cuero.

- Claro que hay que conocer bien estos oficios, pero ello nos viene en la sangre. De generación en generación van corriendo los secretos del agua y del barranco: cómo caminar sobre el badume flotador de la ciénaga; cómo canaletear con fuerza y gobernar la balsa de troncos para que no coja por torrentes sin salida; cómo defender las huevas de las dentelladas de la nutria; cómo ahumar el armadillo y pegotear el loro real; cómo evitar el fueite de la marimonda; cómo rajar y coser el vientre de la iguana viva para sacarle su sarta de huevos harinosos; cómo desprenderse sin mosquear las sanguijuelas que se pegan en las piernas desnudas; cómo, en fin, vadear el pantano sin temerle al tigre, al guío o al pérfido caimán.

Esta cultura anfibia, flexible y fluida se opuso, primero, a la estrechez y autoritarismo colonial. Fals Borda describe que “el influjo diferente del ambiente tropical, la extensión y feracidad de los playones, todo conspiraba contra la estrechez y austeridad del señorío clásico y la formalidad de las reglas de la nobleza que habían tenido como teatro las reducidas vegas y los yermos de Castilla y Aragón”.

Esta pugna entre la adaptación flexible y natural al agua y sus ritmos, y la búsqueda de domesticarla parece haber continuado incluso en la época republicana hasta nuestros días. Rojas Pinilla ordenó la construcción de un terraplén que comenzó a interrumpir los flujos de agua de las ciénagas con otros cuerpos de agua. Desde entonces, la pesca comenzó a menguar en la región.

Desde los cincuenta, el Banco Mundial se interesó por esta zona, envió misiones a Colombia y prestó la plata para implementar un laboratorio de un nuevo modelo de producción agraria que requería confinar el agua y controlarla con tecnología. Entonces, entre 1964 y 1965 se construyó el embalse a partir de juntar varias ciénagas en un solo cuerpo de agua, conectado por los Caños San Antonio y el Limón, por medio de compuertas, con el canal del Dique. El embalse sigue recibiendo las aguas de varias subcuencas hidrográficas de esta zona medianamente montañosa.

Aunque en los sesenta el Incora había declarado estos terrenos desecados como baldíos -y en consecuencia destinados a la reforma agraria-, la redistribución fue muy inequitativa: Según Alejandro Camargo, de 1975 hectáreas “liberadas” en el sur de

Atlántico, unos pocos propietarios ocuparon 1907 hectáreas y 90 campesinos las otras 68. Como es común en la historia del país, terratenientes corrieron sus cercas y los conflictos territoriales abundaron por despojos e invasiones.

El paisaje cambió radicalmente con este proyecto, el Atlántico 3, que dispuso sistemas de riego y de control de inundaciones, así como grandes cultivos, especialmente de sorgo y de tomate. Hubo una pequeña bonanza que atrajo gente de otras regiones y dejó en su memoria una pequeña época dorada.

Pero muy pequeña. A principios de los ochenta, el mismo Banco Mundial declaró que el proyecto había sido un estrepitoso fracaso. Las áreas cultivadas pasaron de siete mil hectáreas a menos de mil. Los sistemas para controlar el agua se llenaron de sedimentos. Las inundaciones volvieron y con mucha más fuerza: en varias ocasiones rompieron el canal del Dique y taparon los cultivos. Apenas entonces se dieron cuenta de que los suelos eran más salados y alcalinos de lo esperado para grandes cultivos permanentes de exportación. Como si fuera poco, los siguientes gobiernos retrocedieron en las intenciones de redistribuir la tierra y aumentaron la importación de sorgo y tomate.

Decenas de familia migraron a Venezuela. El Banco Mundial calificó el proyecto de extremadamente malo y el Incora comenzó a financiar una economía lechera que a duras penas les sirve a algunas familias para sobrevivir, además de los ingresos de los jornaleros o en algunos casos por remesas de los parientes que emigraron.

El tiempo profundo de La Peña

En este pequeño y remoto corregimiento hay un museo paleontológico al que entramos por la puerta de atrás que está frente al embalse. El terreno es de la alcaldía de Sabanalarga, pero el trabajo es de Luis y Lucía, dos docentes que han dedicado sus ratos libres a recopilar la historia antigua del territorio. Llevan 30 años recopilando fósiles, ellos mismos o a través de los pobladores que se los llevan, organizándolos y enviándolos a laboratorios para clasificarlos en los grandes períodos prehistóricos. En los salones del museo están apiñadas cientos de piezas, cuyas secretas historias cuenta con entusiasmo Luis.



Fotografía: María Cecilia Roa García

El museo paleontológico conecta hilos de la historia del paisaje que dieron lugar a las ciénagas que hoy ya no existen y a las especies que hoy escasean. Entre los muros de este museo recordamos la pequeñez de nuestras vidas y de nuestras grandes obras de infraestructura frente a la inmensidad de la historia natural. Las ciénagas se han formado a lo largo de miles, quizás millones de años. Los embalses, en cambio, se construyen en un par de años y tienen una vida útil que se mide en décadas.

Luis y Lucía han sostenido este museo durante treinta años porque les encanta, como explica él con una sonrisa genuina y entusiasta. Es un espacio abierto al público con grandes infografías de los épocas geológicas para comprender de cuándo provienen los fósiles, los xilópalos y hasta piezas extraterrestres que han caído a La Tierra.

El museo fue declarado Bien de Interés Geológico y Paleontológico de la Nación, pero la voluntad y la terquedad de Luis y de Lucía son los que lo mantienen vivo. Con todo, su férreo propósito no los dejó a salvo de daños graves a la infraestructura de la casa realizados a finales de septiembre.

Un tercero, al que don Luis había autorizado a construir un rancho para un restaurante, llegó presuntamente y sin orden judicial con la corregidora y otros pobladores a romper los candados y sacar por la fuerza los materiales del rancho que había construido. Por fortuna, no hubo daños sobre las piezas del museo, pero, para don Luis, este acto muestra lo solos y vulnerables que están y el nulo interés de las autoridades locales por la preservación de la memoria ancestral.

Con todo, él piensa que hay que seguir para adelante y conseguir los recursos para reparar los daños, construir una biblioteca en donde estaba el rancho y seguir con sus actividades. Luis ha revitalizado la memoria oral de la población para transformarla en canciones, interpretadas por cantoras. Una de ellas está dedicada a La Momonúa, una figura mítica de la región que se les aparecía a quienes se metían en la ciénaga. Para Luis, “es la naturaleza correteando al pescador para mantener el equilibrio” y resalta así la relación entre dinámicas culturales que mantenían el uso de bienes comunes dentro de límites sanos para el ecosistema.



Está por salir una nueva canción sobre las mujeres que iban a lavar a los pozos de agua y con su presencia y sus cantos cuidaban el ecosistema. Con la llegada de la lavadora eléctrica y la construcción del embalse, esta costumbre desapareció y los resquicios de biodiversidad quedaron desamparados.



Fotografía: Natalia Orduz Salinas



Fotografía: Natalia Orduz Salinas

El futuro liberal y seco de La Peña

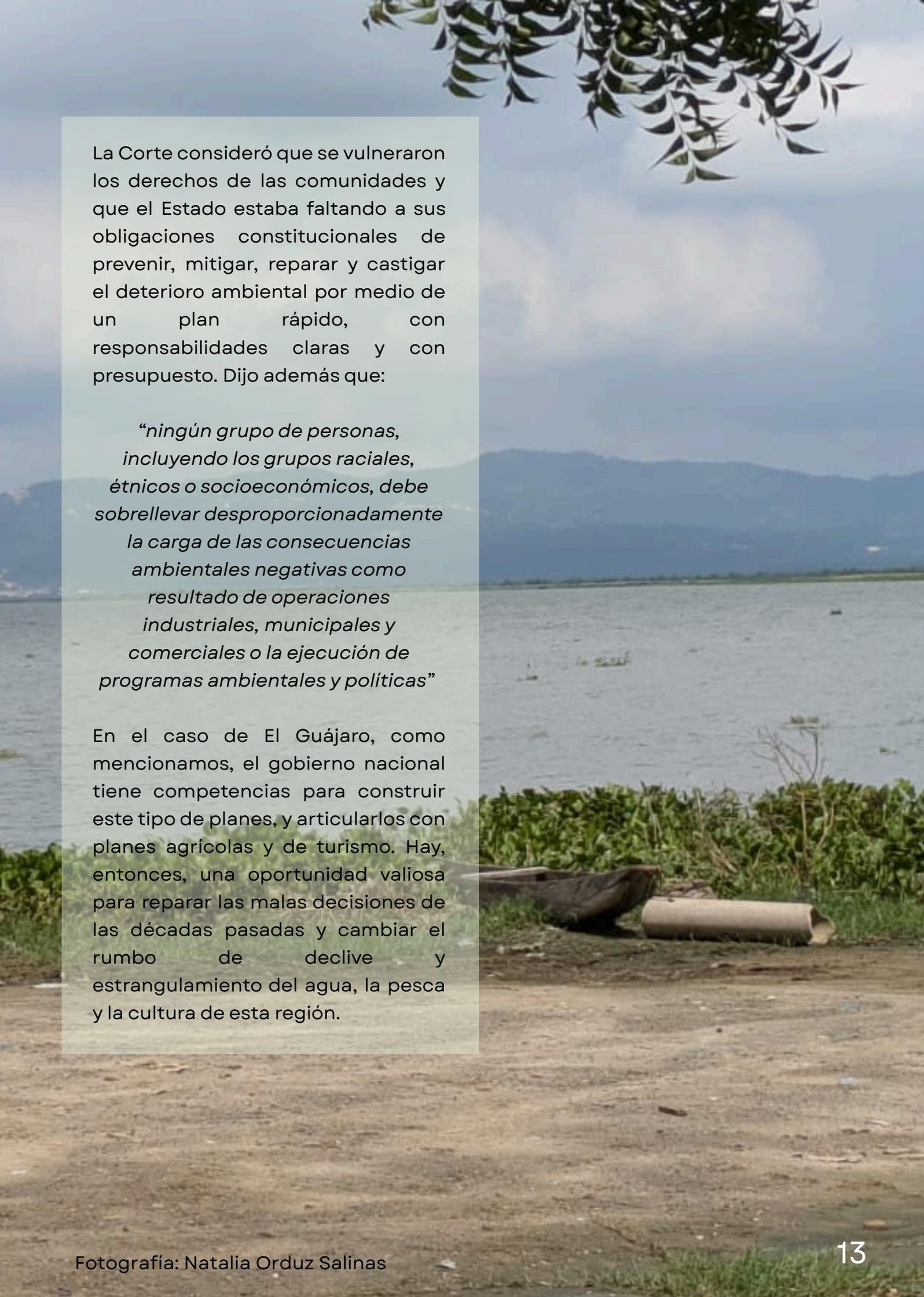
La vida se ha secado del embalse y con ella muchas de las prácticas y formas de vida de la cultura anfibia, que ni más ni menos es la fuente de muchas de las expresiones folklóricas más emblemáticas de Colombia. Una cuarta parte de nuestro territorio son humedales: quizás no de manera permanente, pero sí en épocas de lluvia. En vez de proteger estos ecosistemas y toda su riqueza, hay una tendencia a la privatización de la pesca con sistemas de acuicultura y al estrangulamiento del disfrute y cuidado colectivo de bienes comunes, como la pesca artesanal.

En nuestra conversación, los pescadores insistían en la búsqueda de una solución al problema ambiental del embalse y se lamentaban de visitas frecuentes de políticos e incluso investigadoras como nosotras que llegaban sin ofrecerles ni siquiera una propuesta. La compartimentación de las competencias entre las autoridades parece ser el mayor obstáculo.

Aunque el control ambiental y de las compuertas lo tiene la Corporación Autónoma Regional del Atlántico, el gobierno nacional está facultado para intervenir en esta emergencia ambiental.

La ley 2175 de 2021 declaró El Guájaro como zona de interés ambiental, turístico, ecológico y pesquero y autorizó a los Ministerios de Ambiente, Agricultura y Comercio a tomar riendas en el asunto para desarrollar este potencial de forma articulada con las autoridades regionales y locales. Todavía queda una ventana de oportunidad de este gobierno para dejar establecido al menos un plan.

Como inspiración, puede tomar el fallo de la Corte Constitucional que decidió sobre un caso muy similar, en Magangué. Comunidades pesqueras y agrícolas demandaron a la CAR del Sur de Bolívar y a la Alcaldía por los taponamientos de los caños que conectan el complejo cenagoso de Cascaloa con el río Magdalena. Estas comunidades también sufren los efectos de la interrupción del flujo migratorio de los peces, del de las inundaciones y desbordamientos del agua.



La Corte consideró que se vulneraron los derechos de las comunidades y que el Estado estaba faltando a sus obligaciones constitucionales de prevenir, mitigar, reparar y castigar el deterioro ambiental por medio de un plan rápido, con responsabilidades claras y con presupuesto. Dijo además que:

“ningún grupo de personas, incluyendo los grupos raciales, étnicos o socioeconómicos, debe sobrellevar desproporcionadamente la carga de las consecuencias ambientales negativas como resultado de operaciones industriales, municipales y comerciales o la ejecución de programas ambientales y políticas”

En el caso de El Guájaro, como mencionamos, el gobierno nacional tiene competencias para construir este tipo de planes, y articularlos con planes agrícolas y de turismo. Hay, entonces, una oportunidad valiosa para reparar las malas decisiones de las décadas pasadas y cambiar el rumbo de declive y estrangulamiento del agua, la pesca y la cultura de esta región.

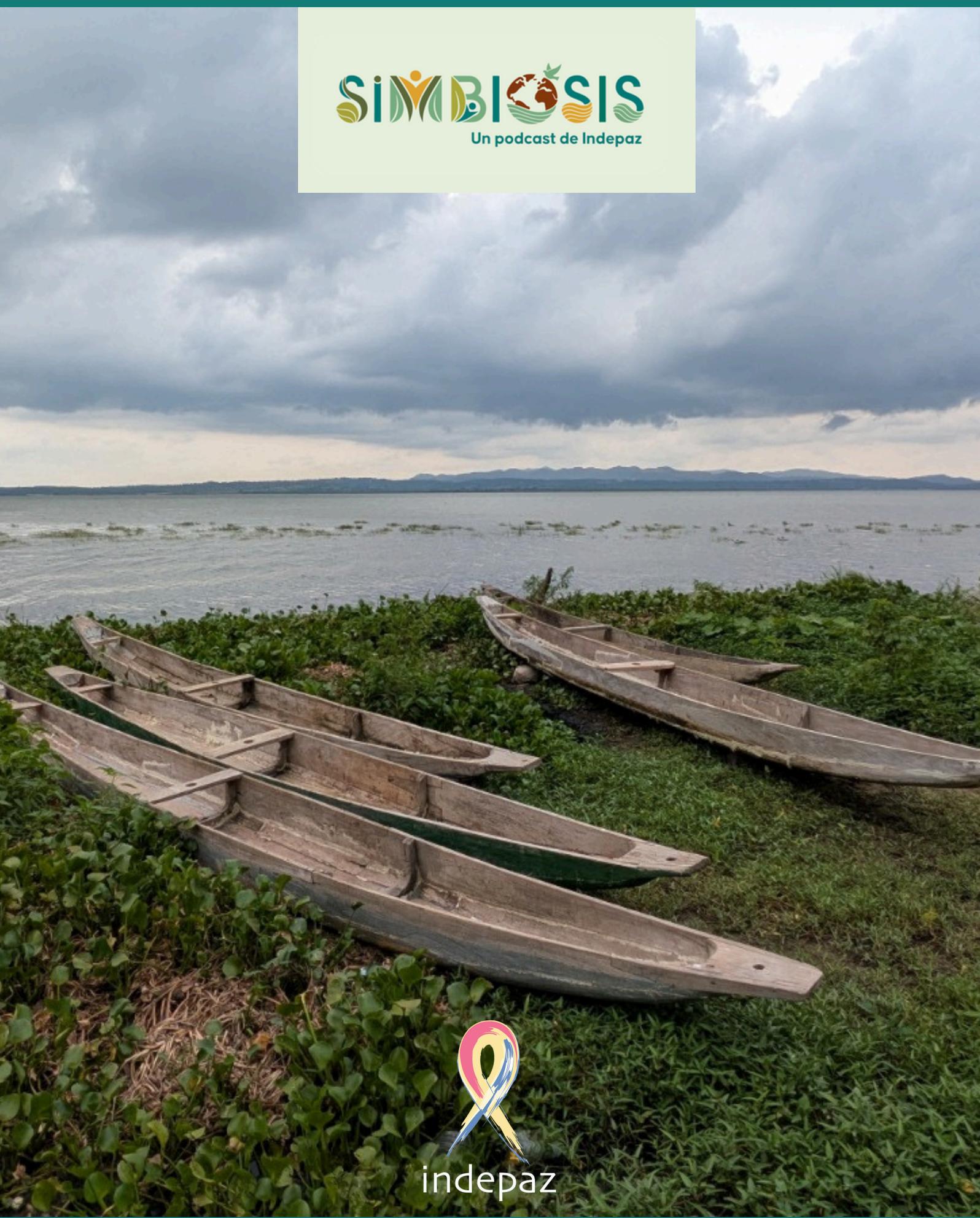
Pero, sobre todas las cosas, un error no puede repetirse: Castilla y Aragón y el Banco Mundial no conocen de territorios anfibios. Son sólo los habitantes y su conocimiento de los ritmos del agua los que saben cómo vivir en la región. Es momento de que ellos guíen la batuta de la solución y las autoridades se pongan a su servicio, y que el agua, la pesca y la historia del Guájaro puedan volver a fluir.

De regreso a Barranquilla, fuimos a conocer el Malecón. Sin duda, es alentador ver a la población disfrutar de un espacio público, incluso de noche. Bajo una blanca, luz potente, como de estadio, niños y niñas corren, juegan fútbol y se divierten. Caminar por ahí es como entrar a un rénder. El pasto, los árboles, las flores no son parte del ecosistema caribeño ni interactúan con el río, pero se ven ordenados y cuidados. Sobre el Río Magdalena no cae la potente luz del malecón: fluye con lentitud, oscuro, pesado, canalizado y desprende un olor fétido. Los puestos de comida no tienen vista al río y ofrecen hamburguesas, pizzas, postres, pero no hay pescado. No hay pescadores. Tampoco quedan recuerdos del territorio anfibio.

**Cambiamos los nombres de los pescadores para proteger su seguridad.*

Referencias

- Fabio Alejandro , C. (2020). Aguas indomables: vulnerabilidad y transformaciones hidrosociales en el sur del departamento del Atlàntico. Fragmentos de historia ambiental colombiana, 145-168.
- Fals Borda, O. (2002). Historia doble de la Costa 1: Mompox y Loba. Bogotá: el Àncaro.
- Instituto Alexander von Humboldt. (2015). Colombia Anfibia: un país de humedales.
- Corte Constitutional, Sentencia T-163 de 2004
- Ley 2175 de 2001 que declara El Guájaro como Zona de Interès Ambiental, Turístico, Ecológico y Pesquero



indepaz

www.indepaz.org.co